

familias. El ascendiente de Inglaterra se había manifestado ya de una manera tan poderosa, que la reina de Escocia, María Estuardo, huyendo de la rebeldía de sus súbditos, imploró asilo á su prima Isabel, quien la retuvo presa durante diecinueve años, y por último selló con el sello real la sentencia de muerte pronunciada por el Parlamento protestante contra la católica María, protegida del papa (1587). La Escocia y la Inglaterra puritana, presbiteriana y hasta anglicana, se hallaban entonces unidas en el mismo odio contra la religión de los abuelos y la reina que le había sido fiel. Después, cuando Isabel murió á su vez (1603), el rey de Escocia Jacobo VI, hijo de María la decapitada, fué aceptado como rey de Inglaterra, bajo el nombre de Jacobo I. La ley de sucesión al trono y la voluntad de la reina Isabel lo habían decidido así, y los Ingleses, plenamente conscientes de su supremacía política y social, no opusieron ningún obstáculo. Los reinos separados de Inglaterra y de Escocia se convirtieron en la Gran Bretaña ya unida, y el soberano, emigrado de Edimburgo á Londres, tuvo muchas ocasiones de aprender á sus expensas cuánto había cambiado el medio en su rededor.

Al principio del siglo XVII se hallaba casi completamente terminada la crisis del protestantismo en los tres principales países de la Europa occidental, si no en sus consecuencias sociales, al menos en su primera fase religiosa. En la península Ibérica el catolicismo había triunfado de una manera absoluta, aniquilando, al mismo tiempo que el libre examen, toda iniciativa individual y colectiva. En la Gran Bretaña se había producido el fenómeno inverso: allí la Iglesia romana había sido vencida por las sectas protestantes y un nuevo fervor religioso se apoderaba de las almas. Francia, entre esos dos extremos, no había tenido solución precisa en uno ú otro sentido, pero el resultado definitivo, con atenuaciones, era al fin la victoria de Roma. Un movimiento análogo al de las grandes comarcas del Oeste había tenido lugar en los Países Bajos, donde las regiones del Mediodía, es decir, Bélgica, permanecía bajo el yugo impuesto por Felipe II, mientras que las Provincias Unidas conservaban al mismo tiempo su fe religiosa y su libertad política. De modo que, como lo ha hecho notar Taine, la crisis del Renacimiento renovó el cris-

tianismo en los países del Norte, en vez de emancipar la inteligencia como en país latino.

El equilibrio era todavía inestable en Alemania entre las dos re-

N.º 400. Los Cinco Puertos.



1: 1 000 000

0 10 25 50 Kil.

Los «Cinco Puertos», como los Ingleses designan todavía aquellos cinco antiguos puntos de embarque, están indicados en escritura delgada; los grandes puertos actuales en escritura gruesa. Tilbury y Gravesend no son sino antepuertos comerciales de Londres; Chatham es el arsenal militar; Queensborough y Folkestone son cabezas de línea de servicios de pasajeros hacia Flessinga y Boulogne; Douvres, cuya rada de los Downs es un anejo, tiene los servicios de Ostende y de Calais, y adquiere además grande importancia como escala; Southend, Margate, Ramsgate, Hastings, Eastbourne son playas de baños de mar.

ligiones en lucha. Las convenciones y los tratados de paz firmados por las confesiones rivales no eran sinceros de una parte ni de otra, y la desunión de las sectas protestantes, calvinistas y luteranas, complicaba aún más la situación, permitiendo á los hábiles enlazar

toda una red de maquinaciones secundarias en el gran drama que se preparaba. Muchas veces había estado ya á punto de estallar la guerra: los dos ejércitos se constituían; cuando se hizo la unión de los príncipes y de las ciudades en 1608, en nombre del protestantismo, la Liga católica le respondió en 1609. Aparte de Alemania, España y Francia estaban dispuestas para entrar en el movimiento, una para realizar el ideal jesuítico de la Iglesia universal, otra animada por la intención completamente política de rebajar el poder de la casa de Austria y de ocupar su lugar en la hegemonía europea. Pero la muerte de Enrique IV retrasó el curso de los acontecimientos hasta que un accidente, la «Defenestración» de Praga, realizada, «según una antigua costumbre de Bohemia», por la multitud de los Tcheques descontentos sobre las personas de los consejeros imperiales, determinó la guerra.

Se estaba en 1618, y, durante treinta años, debía continuarse el degüello, acompañado de infinitas miserias. El primer choque no fué favorable á los innovadores: la batalla de la montaña Blanca (1620) entregó los Bohemios rebeldes á merced del emperador Fernando II, que continuó su triunfo con una persecución terrible y metódica, bajo la sapientísima dirección de los jesuítas, porque, hace tres siglos, la Bohemia vencida ha permanecido fiel al culto que se le impuso, y la vida política no se ha reanimado hasta los modernos tiempos revolucionarios. Victoriosas en Bohemia, las tropas imperiales y católicas de Austria, de Baviera y de España impulsaban sus ventajas en el Palatinado, luego sobre las orillas inferiores del Rhin y las llanuras septentrionales. Después de diez años de guerra, pareció dominar en toda la Europa central la reacción religiosa y política, aunque el rey de Dinamarca, Cristian IV, intervino para ayudar á los protestantes de Alemania. Los grandes capitanes Tilly, Spinola y Wallenstein habían barrido todo delante de sí; únicamente este último, fracasado ante las murallas de Stralsund, tuvo que batirse en retirada después de dos meses de sitio con un ejército disminuído en doce mil hombres. Sin embargo, el triunfo del antiguo régimen parecía tan bien establecido, que en 1629 Fernando II hizo proclamar un «edicto de restitución», según el cual todos los bienes que príncipes y ciudades hubiesen sustraído á la Iglesia en toda la extensión

del Imperio le habían de ser devueltos; lo mismo que las riquezas materiales, las almas debían ser restituidas al catolicismo: por todas partes se trató de imponer la abjuración del protestantismo y la vuelta de los arrepentidos al «redil».

No temiendo ya el peligro, los vencedores se apresuraron á disputarse los despojos, y Wallenstein, que había llegado á ser muy



Cl. J. Kuhn, edit.

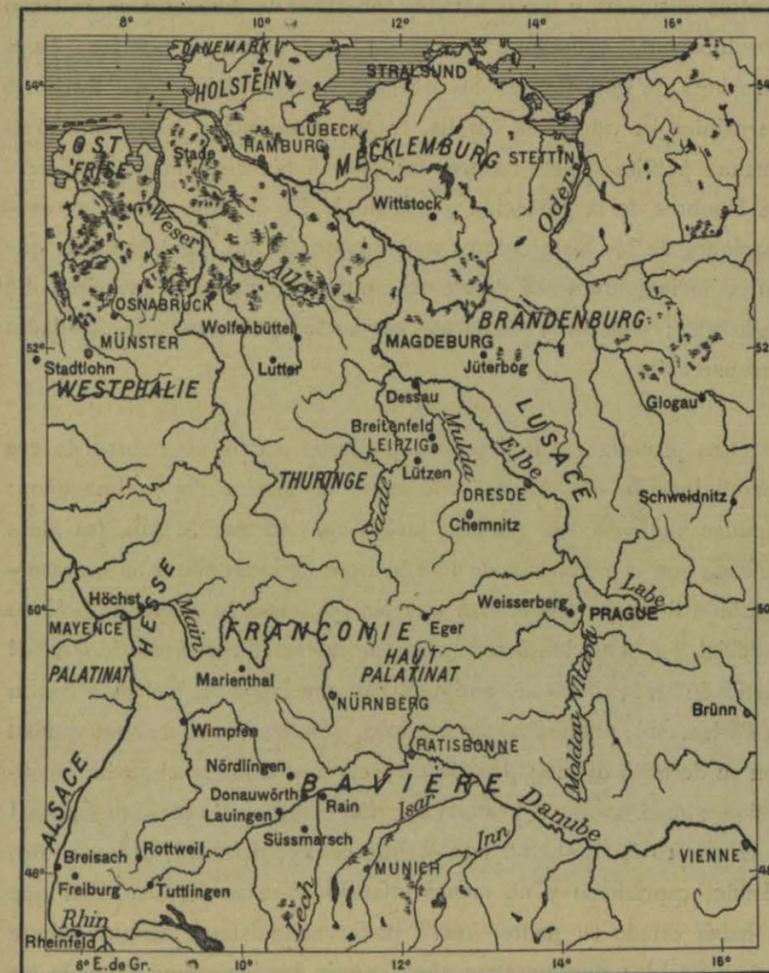
PUERTO ACTUAL DE RYE

poderoso por sus aliados, hubo de abandonar en desgracia el mando de los ejércitos. Fué destituido demasiado pronto, porque los príncipes protestantes, tocados en el punto sensible por el edicto de restitución, buscaban un apoyo fuera de las fronteras, en Francia y en Escandinavia. El cardenal de Richelieu, que había llegado á ser el verdadero rey de Francia en lugar del vacilante Luis XIII, al que no dejaba más que la pompa oficial, fué, con el soldado Gustavo Adolfo, el personaje que restableció el equilibrio de los cultos y de los Estados en la Europa central. Como prelado romano, no permitía discutir á sus súbditos franceses las prerrogativas de la Iglesia católica; pero en el extranjero no sentía escrúpulos por su fe, y sólo trataba de suscitar enemigos á la insidiosa España y á la orgullosa Austria, fuesen el papa ó los mismos protestantes. Consiguió su

objeto y suministró dinero á los príncipes confederados, mientras que Gustavo Adolfo les aportaba su ejército constantemente victorioso. Pero la campaña del valiente hombre de guerra no duró más que un año, y el segundo acto de la terrible lucha se terminó en 1632 por la batalla de Lutzen, donde él murió en pleno triunfo. A las grandes maniobras estratégicas, siempre acompañadas de actos de bandidaje, sucedió un estado general de caos en casi toda Alemania; las mantanzas, la carestía y las pestilencias despoblaron el país, y, por cansancio absoluto, los sobrevivientes habrían probablemente recaído bajo la dominación de Austria si las tropas enviadas por Richelieu no se hubiesen unido á los Suecos y no hubieran luchado á su lado durante los dieciséis años que duró todavía aquella interminable guerra.

Por último, después de siete años de conferencias preliminares, en 1648, la paz llamada de Westphalia fué firmada en Munster y en Osnabruck por un acto cuyo desdoblamiento impedía las necias susceptibilidades anteriores. Las discusiones ociosas de los plenipotenciarios parecían destinadas á prolongarse tanto como las campañas de los jefes de guerra; las operaciones militares continuaban normalmente mientras se discutían las condiciones de paz, y cuando los diplomáticos lograron ponerse de acuerdo, los protestantes estaban á punto de reconquistar Praga; la guerra de Treinta años terminó en el punto donde había comenzado. Los pequeños príncipes perjudicados por los terribles acontecimientos, los burgueses arruinados, los diezmados pueblos fueron olvidados en el arreglo definitivo, pero los grandes Estados recogieron el beneficio de su victoria sobre la casa de Austria: la independencia de Suiza y la de las Provincias Unidas fueron plenamente reconocidas; Suecia recibió un trozo de territorio germánico, y Francia se hizo asegurar la pacífica posesión de los obispados de Metz, Toul y Verdun, como también la de las campañas de Alsacia. Se estipuló, naturalmente, que las convenciones arregladas entre las potencias tendrían un carácter «eterno». Al menos esa eternidad duró siglo y medio, hasta la Revolución francesa. La paz de Westphalia fué el punto de partida de toda la política nueva en Europa, política cuyo dogma inicial hacía de la «casa de Francia y de la casa de Austria como los dos polos de los cuales descendían

N.º 401. Teatro de la Guerra de Treinta Años.



1: 6 000 000

0 100 200 300 Kil.

Los principales hechos de guerra son los siguientes: (c), victoria austriaca; (p), derrota. 1620, Weisserberg (c); 1622, Wimpfen (c), Hochst (c); 1623, Stadtlohn (c); 1625, los Dinamarqueses atraviesan el Elba por Stade; 1626, Lutter (c), Dessau (c); 1629, sitio de Stralsund; 1630, llegada de Gustavo Adolfo; 1631, saqueo de Magdebourg, Breitenfeld (p), Donauwörth (p), travesía del Lech (p); 1632, Lutzen (p); 1634, Nördlingen (c); 1636, Wittstock (p); 1638, Rheinfeld (p), Brisach (p); 1639, Chemnitz (p), Glogau (p), Schweidnitz (p); 1641, Wolfenbützel (p); 1643, Rottweil (p), Tuttlingen (c); 1644, Fribourg (p), Jüterbog (p); 1645, Marienthal (c), Yankowitz (p), falta en el mapa, Nördlingen (p); 1647, Lauingen; 1648, Süssmarsch (p), Rain (p), Viena amenazada, toma del castillo de Praga por los Suecos.

La batalla de Rocroy, 1643, y de Lens, 1648, en que fueron derrotados los imperiales, pertenecen al mismo ciclo de guerra.

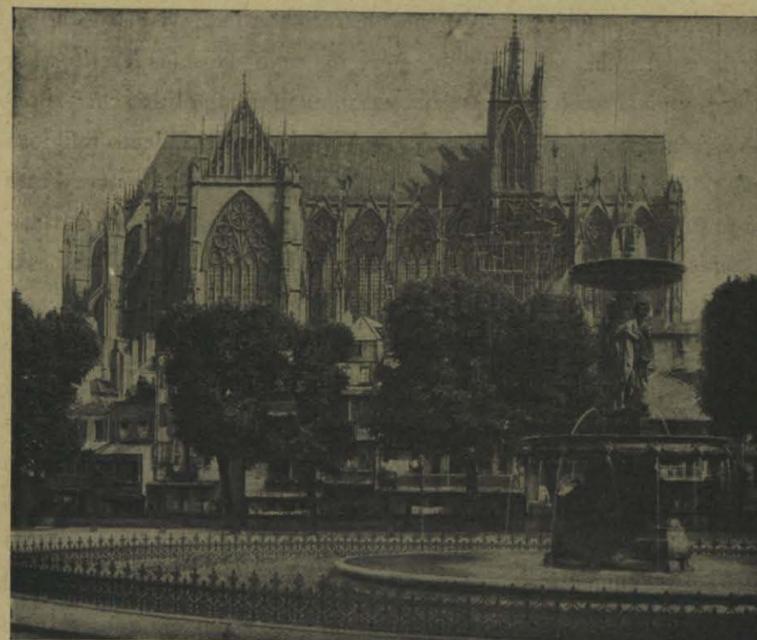
las influencias de paz ó de guerra»¹. Cuando el tratado, los trescientos cincuenta y cinco Estados soberanos de Alemania se hallaban absolutamente agotados, sin fuerza para obrar al exterior, hasta incapaces de impedir que los pueblos vecinos hiciesen del territorio germánico su campo de batalla. ¿Qué disminución había sufrido la fortuna pública? ¿En cuántos millones había disminuído el número de hombres de la población germánica? No se sabe; pero las evaluaciones de los historiadores son espantosas: no quedaban más que miles de individuos allí donde se contaban millones al principio del siglo XVII; malezas y turberas cubrían los poblados y las ciudades desaparecidas.

Los protestantes ingleses no pudieron acudir al socorro de sus correligionarios de Alemania durante la guerra de Treinta años: también tuvieron sus grandes luchas que sostener. Allí, las ideas nuevas, que se revelaban de una manera deslumbradora en su manifestación literaria, procuraban también realizarse en el mundo político y social, en oposición á toda clase de intereses comprometidos en el sostén de las instituciones antiguas. El rey Jacobo I, luchando contra su Parlamento, procuraba, sin lograrlo, gobernar solo, de conformidad con su derecho divino; pero la carencia de fondos le obligaba á concesiones humillantes. El estado de crisis empeoró al acceso de Carlos I al trono (1625), hasta tal punto, que el rey, personaje voluntarioso, pérfido, caprichoso y no menos infatuado con su dignidad real que lo había estado su padre, creyó poder malquistarse definitivamente con su pueblo: durante once años extrajo los impuestos violando las leyes, sin convocar los miembros del Parlamento, y se apoyó sobre alianzas con Francia y España para intimidar á sus súbditos indignados contra él; pero la Revolución acabó por estallar á propósito de una cuestión religiosa, suscitada á pesar de todo por el espíritu nacional, porque en Escocia estalló el movimiento: en 1637, en la iglesia de San Giles, en Edimburgo, una mujer del pueblo, Jenny Geddes, tiró su asiento á la cabeza del sacerdote que leía la liturgia según el rito anglicano. Un año después, los presbiterianos se com-

¹ Ernest Nys, *La Notion et le Rôle de l'Europe en Droit international*.

prometieron por un solemne *covenant* ó contrato á sostenerse mutuamente contra todas las órdenes del rey, relativas á la confesión de fe religiosa y al ejercicio del culto.

Este contrato era la guerra, y ya en diversos puntos los *covenanters* escoceses comenzaban á expulsar las tropas reales. No era ya posible á Carlos I continuar gobernando contra la voluntad de



CATEDRAL DE METZ (1332-1546)

Cl. J. Kuhn, edit.

su pueblo, y con la mayor repugnancia se vió obligado á someterse convocando el Parlamento de 1640; pero en vano pidió dinero. Se le negó, mientras los Escoceses penetraban en plena Inglaterra y marchaban sobre el Tyne. El rey trató de hacer frente á las dificultades, oponiendo la Cámara de los Lores á la de los Comunes y apoyándose solamente sobre la aristocracia: á pesar de todo tuvo que ceder y convocar, esta vez seriamente, un parlamento que comenzó su obra revolucionaria acusando á los ministros y deponiendo al rey. Este no tenía ya la fuerza, pero le quedaba la astucia, y trató de suscitar conspiraciones católicas, después conspiró él mismo y al fin tuvo que huir. Comenzó la guerra civil entre los «Caballeros», los

fieles al rey, y los «Cabezas redondas», gentes sin peluca, que no cuidaban de ir bien vestidos, pero que eran tanto más rudos para la pelea. La guerra duró siete años, de tal modo se hallaban las fuerzas cerca de equilibrarse entre los dos partidos; pero terminó por la captura, la decapitación del rey y la proclamación de la República (1649).

Ese importante acontecimiento estaba en la lógica de las cosas. La burguesía, ya muy fuerte, disponía de recursos imprevistos de la industria y del comercio y contaba entre los suyos filósofos, escritores y artistas, y tenía evidentemente que darse una forma política correspondiente á la novedad de la situación. Además, el movimiento religioso venía poderosamente en su ayuda por la energía feroz de los creyentes que se sumergían en la lectura de la Biblia, en el recitado de los cánticos, en el éxtasis de la oración y confiaban ciegamente en las promesas de victoria y de salvación, tal como las interpretaban en la violencia de su fe. La «cosa común» — el Commonwealth — estaba copiado del estado político de las doce tribus de Israel en la época de los jueces y de los profetas, antes de la elección del rey Saúl, y dedicaba á los enemigos de Dios «toda la desapiadada crueldad que había ordenado Yahveh á sus servidores, Josué y Gedeón». Los «Caballeros» ó católicos irlandeses eran también Amorrheos malditos. Los soldados de Cromwell rechazaban delante de sí los campesinos célticos: «¡Al Connaught!» gritaban, y frecuentemente ese grito era reemplazado por la expresión más enérgica: «¡To Hell!» ¡Al infierno!

¿Pero la república fundada por aquellos rudos exterminadores neo-judíos era verdadera república? Las palabras cambian de valor según las edades, y, por mal gobernada que sea, la «cosa pública» es siempre la que ha de interesar á todos los hombres que contribuyen á su sostenimiento. Desde este punto de vista, cada nación constituye realmente una república para un número mayor ó menor de los que pueblan el conjunto del territorio. En cuanto á la república ideal, aquella en que todos los miembros obran como ciudadanos solidarios, como parte integrante de un mismo cuerpo político, no fué el objetivo del Commonwealth de Inglaterra: se estableció francamente en Estado centralizado, disponiendo de una fuerza más que real para la supresión de toda resistencia. El período más libre del pueblo inglés fué

el de la guerra que precedió á la supresión temporal de la monarquía, porque cada uno podía tomar parte en un campo ó en otro para defender la causa más en consonancia con sus opiniones. Pero la victoria de los Cabezas redondas era de aquellas que hacen ceder á toda oposición, y el que los mandaba resultó un verdadero emperador, aunque se contentase con un título más modesto. Delante de



Cl. Valentine.

UNA CALLE DE LONDRES — WHITEHALL

El cadalso donde fué ejecutado Carlos I hacía frente al primer edificio de la izquierda, al nivel de la ventana central del piso bajo.

él, el Parlamento no osó formular acta de observación ó reproche, y cuando está asamblea llegó á desagradar, bastó un grupo de soldados para dispersarla. De tal modo había llegado Cromwell á ser el soberano efectivo, que hacia el fin de su reinado, en 1658, trató de reconstituir una Cámara de los Lores, para apoyarse sobre una asamblea aristocrática contra los representantes de la burguesía y del pueblo naciente. Murió demasiado pronto para acabar personalmente su obra de reacción en el interior: la monarquía dinásticamente restaurada, reconstituyó el mecanismo tradicional.

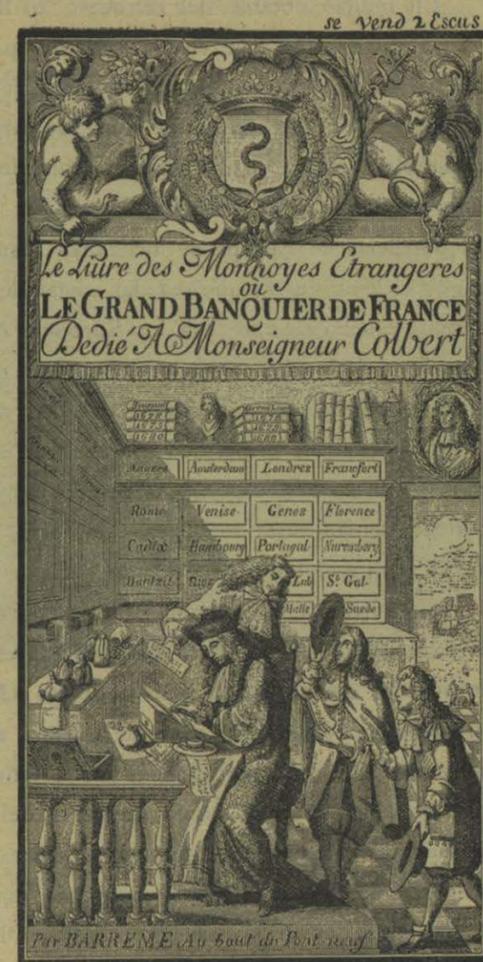
Inglaterra ocupaba en el exterior una situación á la que hubiera podido aplicarse la calificación de «espléndido aislamiento», imaginada dos siglos después. Tantas inteligencias firmes, tantas poderosas voluntades habían contribuido á la obra en los grandes acontecimientos, que la nación en su conjunto había llegado á estar absolutamente segura de su fuerza y podía darse el lujo de vivir sin aliados. Naturalmente tenía por enemiga la nación francesa, á la que el respeto del «derecho divino» había arrastrado á solidarizarse con la dinastía de los Estuardos, pero los marinos del «gran rey» no habían sido los más fuertes, y Mazarino sufrió la humillación de reconocer la república inglesa, y la, quizá más cruel todavía, de no poder hacer que se persiguiera á los Valdenses de los Alpes, ya protegidos por el brazo de Inglaterra. Portugal y España habían sido también reducidas á pedir la paz, y España hasta fué obligada á ceder la Jamaica, una de las grandes perlas antillanas, que los mercaderes ingleses se apresuraron á convertir en seguida en el principal mercado de negros para la recluta de los esclavos en las plantaciones de América. Por último, Inglaterra alcanzó tal grado de potencia marítima, que hasta pudo enemistarse con las Provincias Unidas por el acta de «navegación» publicada en 1651, que reservaba todo el comercio de las islas Británicas sólo á los barcos ingleses. Después de tres años de conflicto en el mar, los Holandeses se vieron obligados á aceptar las duras condiciones del vencedor; la Gran Bretaña quedaba como la única potencia que pudiera llamarse la «Reina del mar».

Y sin embargo, por un contraste muy natural, mientras que los barcos de la Europa occidental, y sobre todo los de los Estados del Norte, ingleses y holandeses, practicaban cada vez más el camino del Océano, el Mediterráneo, que había sido antes el «mar» por excelencia, se despoblaba casi enteramente. Las embarcaciones españolas é italianas no osaban ya aventurarse en las aguas orientales, donde dominaban los Turcos, y éstos temían penetrar en los parajes occidentales. Unicamente los piratas del Mediterráneo, aprovechándose del terror supersticioso que sus bárbaras costumbres habían extendido, vagaban á lo largo de las costas, prontos á apoderarse de los pescadores que retrasaban la vuelta al puerto, de los pastores y de los rebaños de la orilla cuya retirada habían podido cortar.

Los habitantes de las costas, aun los de las ciudades, poseídos de espanto, habían abandonado sus habitaciones costeras para establecerse sobre los promontorios de acecho, en el recinto de altas murallas, donde se encerraban á la menor alarma.

La navegación comercial, intimidada, disminuía cada vez más, y, como siempre, traicionada por los gobiernos «protectores», fué hasta prohibida oficialmente: durante una parte del siglo XVII quedó suprimido por orden superior todo comercio de Francia con Mauritania. Es cierto que el movimiento de retroceso en civilización que desde la caída de Bizancio todo el mundo oriental había sufrido, tenía tendencia á reproducirse también sobre el litoral mediterráneo del Oeste; en ciertos órdenes de ideas, las poblaciones ribereñas habían retrogradado hasta la época pre-fenicia.

Es admirable que la audacia y el éxito de los corsarios mahometanos se aumentaran precisamente en los tiempos en que las naciones cristianas habían conquistado ya la inmensidad de la redondez terrestre por sus viajes de circunnavegación. Este fenómeno histórico sólo puede explicarse por el desplazamiento relativo de la actividad humana: dirigiéndose hacia el Oeste, la vida de las naciones había



Cl. Sellier.

UNA BANCA EN EL AÑO 1680

abandonado su antiguo hogar; ya no gravitaba alrededor de Roma, sino alrededor de Londres y de Amsterdam para el comercio mundial, de París para el trabajo del pensamiento y de las artes.

Un indicio notable del retroceso en la civilización del Mediterráneo occidental se ve en el hecho de que la piratería pudo mantenerse en él durante tres siglos, desde la llegada de los hermanos Barbarroja en 1516 hasta la toma de Argel en 1830. Quizá esa admirable duración de un Estado de corsarios, cuyos recursos militares eran muy limitados, debe explicarse por alianzas secretas, ya que las potencias de Europa se inclinaban á suscitarse mutuamente enemigos. Como quiera que sea, las costas de la Mauritania se elevaron durante mucho tiempo para los Europeos como un muro de bronce. En 1541, Carlos V, teniendo á Hernán Cortés en su estado mayor, arriesgó inútilmente su fortuna ante los muros de Argel: su flota de 870 barcos fué dispersada, y con gran dificultad pudo volver con el resto de su armada. Los «Berberiscos», en su período de prosperidad, tenían hasta 200 barcos de corso, que les servían principalmente para reclutar sus talleres de esclavos y sus harenes; una parte de los cautivos era rescatada, y la suma de los rescates enriquecía el tesoro del dey, en tanto que las gentes capturadas en todo país constituían esa población híbrida de los «Moros», que remonta por su genealogía á todas las razas de Europa, de África y de Asia. Los corsarios de Argel, participando en el movimiento general que impulsaba á los marinos en la dirección del Oeste, osaron franquear también el estrecho de Gibraltar y hacer rápidas incursiones sobre las costas oceánicas: se les vió en Irlanda, donde destruyeron la ciudad de Baltimore; en 1627 aparecieron hasta en la «Tierra de los Hielos», y la isla principal del archipiélago Westmann fué por ellos completamente despojada de su población y de cuantos objetos de valor existían en sus cabañas¹. En vano la Gran Bretaña, en la fuerza de su poder, cañoneó los fuertes de Argel; otros ataques de los Holandeses y de los Ingleses unidos en 1669 y 1670 fueron también inútiles. Los Franceses, por tener intereses más inmediatos que defender, puesto que las costas del Languedoc y de Provenza hacen frente á las de

¹ Olafson et Palsson, *Voyages*.

Mauritania, dirigieron sus ataques con más continuidad y, finalmente, en 1687, Argel, en gran parte incendiada, se vió reducida á pedir una paz, que fué mal observada, pero que creó para Francia una especie de derecho político de que se aprovechó un siglo y medio



ARGEL — VISTA DEL NORDESTE

Cl. Kuhn, edit.

La escollera que une el islote de la Marina al litoral y protege el puerto contra el viento del Norte, fué construída, desde 1530, por Kheir-el-Din, uno de los hermanos Barbarroja (Bab' Aroudj). El islote tiene un faro y trabajos de defensa.

después para implantar su poder derrocando el de los soberanos mahometanos.

La paz relativa de que gozó Francia durante los últimos años del siglo XVI y la primera mitad del XVII, había renovado su haber en hombres y en recursos; había vuelto á ser bastante rica para practicar nuevamente sus hábitos de prodigalidad. Cuando murió el hijo de Enrique IV, Luis XIII, algunos meses después que Richelieu, el hombre de poderosa y tenaz voluntad que le había conducido siempre con andadores, Francia había conquistado la hegemonía entre las potencias de la Europa continental. El sucesor de Richelieu, también sacerdote, el cardenal Mazarino, continuó la política del amo